

INT-0846

c. 2

c. 2

Distr.
INTERNA

LC/IN.102
27 de agosto de 1990

ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

Seminario "Los temas CEPAL-Prebisch"
Santiago de Chile, 3 al 5 de septiembre de 1990



ECONOMIA Y FELICIDAD */

María Concepción Tavares

*/ Colaboración solicitada por la Revista de la CEPAL. Las opiniones expresadas en este documento, son de la exclusiva responsabilidad de la autora y pueden no coincidir con las de la Organización.

90-8-1398

INDICE

	<u>Página</u>
INTRODUCCION	1
I. "INTRODUCCION AL CAOS"	2
II. LA DISOLUCION HISTORICA Y TEORICA DE LA ECONOMIA POLITICA	7
III. LA RELACION NEGATIVA ENTRE ECONOMIA Y FELICIDAD	14
IV. AMERICA LATINA: NI ESTACION FINLANDIA, NI PUERTO SEGURO; TIERRA INCOGNITA	18
NOTAS	23
BIBLIOGRAFIA	25

ECONOMIA Y FELICIDAD

INTRODUCCION

Este trabajo fue concebido originalmente como un debate contra los espejismos del pensamiento ultraliberal anglosajón, que con su moral victoriana nos predicaban siempre el buen camino para la felicidad a través de la austeridad y del libre mercado. Después le di vueltas en la cabeza y en el texto y resolví transformarlo en un simple homenaje a Raúl Prebisch, el primer gran economista político latinoamericano que tuvo una visión crítica del pensamiento económico dominante y propuso un esquema de interpretación sobre la "situación histórica de la periferia".

Sin embargo, mi objetivo no es retomar el hilo de Ariadna que nos dejó Prebisch para no perdernos en el laberinto, sino evaluar con la máxima concisión posible, y tomando puntos claves de la economía política, el caos a que llegó el pensamiento social contemporáneo. Intentaré, por fin, llegar a las mismas preguntas que hizo Prebisch, al final de su vida, y que hay que volver a hacer sobre esta "tierra incógnita" en que se convirtió América Latina después de tantos experimentos desarrollistas y reformistas fracasados.

No hay certezas, pero sí una intuición casi unánime de que la llamada "década perdida" del 80 no fue tan perdida; por lo menos para aquellos que aprecian en mucho las transiciones democráticas que tuvieron lugar en el continente, y que creen que sólo a partir de la lucha democrática se puede buscar el avance en la economía y la felicidad de nuestros pueblos.

Presenté una discusión parcial sobre estos temas, con el mismo nombre de Economía y Felicidad, en un seminario efectuado en São Paulo en 1988. La mantuve en este trabajo porque creo que le agradaría a don Raúl, que tanto luchó para que los dos términos fueran compatibles.

I. "INTRODUCCION AL CAOS"

Riqueza, consumo, trabajo, progreso: he ahí los temas centrales de la economía política que van asociados en la mente humana a la noción de felicidad. Pueden estar asociados de manera positiva o negativa, pero ahí están, desde que la vida activa y no la contemplativa, el orden natural y no el orden divino, el orden burgués o el orden feudal, llegaron a regir los destinos humanos, esto es, desde la Edad Moderna.

La economía política, a partir de los clásicos, siempre estuvo impregnada de una filosofía moral que plantea la felicidad y la libertad como objetivos viables de la sociedad humana. La corriente liberal clásica iba en busca de la "felicidad general" o del bien común, lo que se conseguiría por la libertad del mercado y de los contratos, en que los intereses egoístas conducirían, mediante la competencia, a la armonía de la "mano invisible", al equilibrio del orden natural o al interés común del contrato social.

También la crítica de la economía política, a partir de Marx, plantea la felicidad y la libertad humanas mediante la superación, no de los conflictos individuales, sino de las contradicciones de la sociedad capitalista, lo que llevaría a la metahistoria de una sociedad sin clases y sin Estado, o por lo menos con éste reducido a la esfera de la administración de las cosas.

Más tarde, ya en el siglo XX, llegaría a verificarse dramáticamente que eran los seres humanos y no las cosas lo que el Estado (socialista, social o liberal) tenía que "administrar", siempre en nombre de la "verdadera libertad": el reconocimiento de la necesidad, el bien común o el bien público.

Ahora en este fin de siglo, cuando la crisis de los Estados nacionales y, sobre todo, de los Estados imperiales podría poner en peligro la supervivencia misma de la sociedad (buena o mala),

se vuelve a discutir con seriedad respecto al individuo, la racionalidad, la felicidad privada y general, la libertad del mercado. ¿Será tan sólo una ola neoliberal? Creo que no, porque el debate atraviesa las fronteras de las disciplinas científicas y las fronteras de los regímenes políticos y sociales. Vuelve a estar de moda la filosofía moral, aunque sea la filosofía victoriana recalentada. La organización flexible del trabajo y del tiempo libre es una preocupación dominante frente a la rigidez de las grandes concentraciones industriales y urbanas y a las nuevas técnicas. Vuelve a desearse la participación política activa de los ciudadanos comunes, frente a la apatía de la sociedad de masas.

Una parte del debate contemporáneo se centra en la incertidumbre e intransparencia de las estructuras sociales, pero también en la crisis de los "paradigmas" intelectuales y científicos, que marcan nuestra época de transición. Desde el punto de vista teórico se llama "caos" a una situación de complejidad estructural en que, por distintas razones, es imposible establecer una visión sistémica. La más importante parece ser la imposibilidad de integración entre los aspectos micro y macro estructurales, lo que impide determinar tendencias sistémicas y presenta gran incertidumbre respecto a trayectorias posibles.1/

Así, al contrario de muchos pesimistas que, basados en aparentes "convergencias" hacia la victoria final de un sistema social o de un patrón de desarrollo, infieren el "Fin de la Historia", lo que parece ser es que la historia se encuentra más abierta que nunca. Desde los tiempos en que el mundo se encontraba "cabeza para abajo", en la designación feliz del historiador inglés Christopher Hill, vale decir desde el siglo XVII, no se veía un tiempo histórico tan rico en cambios inesperados y no previstos por los científicos de todos los matices.

Entre los autores que seleccioné para apoyar mis reflexiones hay apenas un economista, Hirshman, que es una suerte de contraparte intelectual de Prebisch en el Norte, para las reflexiones sobre desarrollo. Los demás son un conjunto heterogéneo de pensadores que tocaron puntos relevantes de la condición social contemporánea y que a mi, por lo menos, me han iluminado los temas clásicos de la economía política, a saber: trabajo, consumo, progreso técnico y tiempo (histórico y abstracto). Todos se ocupan, implícita o explícitamente de la felicidad humana, ya sea la individual o la colectiva y también su visión del mundo no pertenece a la tradición positivista, sino a la gran tradición de la Modernidad Occidental --"La Razón Crítica".

En una tentativa heroica de síntesis, voy a presentar lo que me parece ser el meollo de las cuestiones planteadas por estos autores, a saber:

Las preguntas: ¿Los resultados del progreso sobre los consumidores-ciudadanos? (Hirschman) ¿La índole del Estado contemporáneo? (Habermas) ¿La libertad humana? (Hirschman).

Las respuestas: Inestabilidad. Imprevisibilidad. Intransparencia (Arendt y Lash).

El retorno al paraíso perdido: La razón iluminista (Rouanet). La razón socialista (Gorbachev). El trabajo libre (Gorz). La matriz ibérica (Morse).

Y por último --para no dejar esta introducción al caos sin una cita de uno de los pocos laureados con el Premio Nobel de economía que no avergüenzan a la "corporación" ni a "la pobre ciencia"-- las palabras de Wassily Leontief: "Antes de su expulsión del Paraíso, Adán y Eva disfrutaban sin trabajar de un nivel de vida elevado. Después de su expulsión, tuvieron que vivir miserablemente, trabajando de la mañana a la noche. La historia del progreso

técnico de los dos últimos siglos es la historia de un esfuerzo tenaz para volver a encontrar el camino del Paraíso. No obstante, aunque nos fueran ofrecidas todas las riquezas sin que tuviéramos que trabajar por un salario, nos moriríamos de hambre en el Paraíso, a menos de (poder) responder con una nueva política de ingreso a la nueva situación técnica". Esta cita es lo mejor que pude encontrar para iluminar el debate sobre "economía y felicidad" en el mundo desarrollado.

Sólo agregó una información para los que ven en la acumulación de riqueza una fuente importante de (in)felicidad: los datos disponibles a fines de 1987 indicaban que había en la circulación financiera internacional cerca de 8 millones de millones de dólares, que giraban a una velocidad espantosa en las computadoras de los organismos financieros privados internacionales. Aquello que Keynes denominó "economía de casino" no es más que un juego de niños comparado con la inestabilidad del llamado mercado de colocaciones de fondos de un día para otro (overnight). Para el que no sabe lo que eso significa a escala mundial y no tiene más que una pálida visión espúrea del funcionamiento de esta fantástica invención tecnológica, debo añadir que ella desmiente el mayor hallazgo con respecto a lo temporal de la física moderna, de la economía clásica, de la historia y de la condición humana, a saber, que el tiempo es irreversible. Para el mercado del overnight, el tiempo es reversible: depende del huso horario donde se encuentra el especulador y de la red de operadores en la cual se halla inserto.

He de agregar aún que nadie sabe hoy cuál es el valor del dólar, ni cuál es el valor de las deudas o de los créditos globales de las familias, de las empresas o de los Estados nacionales que han entrado en este "carrusel financiero". Las pérdidas de un día en las grandes bolsas mundiales en noviembre de 1988 fueron del orden de un millón de millones, y, a pesar de eso, el sistema financiero privado no se vino abajo.

Entretanto, 20 millones de desocupados europeos tiene que comer, no trabajan, ni se sabe cuántos de ellos quieren trabajar, pero sueñan con una Europa unida de los pueblos y del capital: contradicción aparente que angustiaria a André Gorz, pero deja felices y da un nuevo sentido "a las energías utópicas" que preocupan a Habermas.

Al sur del Ecuador, donde no existe el pecado pero existen "peces voladores", la historia es diferente; aquí el debate sobre el futuro, la felicidad y la economía parece estar un poco "fuera de lugar", incluso en las universidades donde, a fin de cuentas, debería ser el lugar de circulación o de "negación" de las ideas. ¿Y por qué? Porque en las economías periféricas la discusión sobre el reino de la libertad del hombre no responde a ningún principio de filosofía moral, cuando millones de seres humanos aún no se liberan de las necesidades básicas. Aquí entonces, y que me perdonen mis amigos liberales y libertarios de todos los matices que odian la "filosofía de la historia", la libertad sigue siendo un reconocimiento de la necesidad, aun cuando las "elites" tengan todo derecho a sus libertades particulares.

La economía política fue una vez una "ciencia moderna" por excelencia; en realidad, disputó con la física el privilegio de inaugurar la época moderna. Después que se distanció de la política y optó por la racionalidad del cálculo económico, se convirtió en una "pobre ciencia" de la autorregulación de los mercados. Cito aquí, porque me parece cada vez más actual, un párrafo de mi tesis para Profesor Titular, rendida hace más de diez años:^{2/} "Los físicos modernos no necesitaron ver estallar los soles para formular sus leyes sobre la materia y la energía, no necesitaron desintegrar el átomo para producir nuevas teorías, no quieren tapar con viejas ecuaciones los agujeros negros del universo (ni tratan la disipación con leyes inmutables).^{3/} Los economistas vieron el carácter progresivamente más grave de las crisis capitalistas, vieron que ocurría la separación de las 'órbitas' de la producción,

de la circulación de los bienes y del dinero, vieron en sus vidas estallar el 'sol' por lo menos una vez, pero continúan aferrados a su física newtoniana".

En el decenio de 1980, frente a la crisis financiera y de gestión de las Estados nacionales, el pensamiento conservador abraza con entusiasmo la consigna de la desregulación, mientras el pensamiento "progresista" discute con ahinco la teoría de la regulación del capitalismo. Hasta "nueva orden", parece mejor entregar el cuidado de la "felicidad humana" a los psicólogos y a los políticos profesionales, los que, por lo menos, están siempre inventando nuevas terapias y no recomiendan obsesivamente la "abstinencia" y el trabajo a pueblos que se mueren de hambre y carecen de empleo.

II. LA DISOLUCION HISTORICA Y TEORICA DE LA ECONOMIA POLITICA

Los paradigmas liberales parecen haber sido abandonados al comienzo del siglo XX, cuando la teoría y la práctica de las guerras, del imperialismo y de las crisis reiteradas del capitalismo llevaron a las "elites" rebeldes del mundo occidental a poner en duda el orden burgués, ese mismo orden que se había iniciado de manera tan auspiciosa con el derrumbe del antiguo régimen y con las consignas de la gloriosa Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. El sueño liberal y democrático norteamericano, expresión máxima de la nueva sociedad, terminó en 1898 con la invasión de las Filipinas.^{4/} A partir de ahí, hasta la crisis de 1930 y la aparición del nazifascismo, el pensamiento liberal no volvió a ocuparse de las consignas libertarias ni del bien común, y sólo en la posguerra vendría a descubrir la equivalencia entre consumo y felicidad.

Las preocupaciones políticas del período entre las dos guerras giraban en torno a las palabras de orden, disciplina, poder. Las preocupaciones económicas de los liberales se concentraban en la ruptura del patrón oro, que amenazaba el valor mundial de la riqueza capitalista. La discusión de la felicidad humana queda entregada a los socialistas utópicos de todos los matices, que evidentemente acentúan el "valor" del trabajo libre y no del consumo.

El sueño de la internacional socialista terminó en 1914. La gloriosa revolución de masas, condenada por mucho tiempo al socialismo en un solo país, terminó dando lugar a un Estado autoritario, que administraba férreamente a los seres humanos y no las cosas. El marxismo occidental, amenazado por el fascismo, abandonó la crítica de la economía política y se dedicó a la "Kultur-Kritik" y, de ahí en adelante, a la filosofía.

Entre ambas guerras, la economía política produjo dos grandes pensadores de la crisis capitalista, Keynes y Schumpeter, cuyas enseñanzas llegan hasta nuestros días. Lamentablemente, para el primero, sus discípulos, sobre todo los norteamericanos, van haciendo un pastiche de su teoría, hasta que el pensamiento neoclásico vuelve a hacerse dominante.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el orden liberal del capitalismo imperial y el del socialismo autoritario pasan a ser las nuevas banderas ideológicas que dividen al mundo occidental. Entretanto aparece una nueva realidad, el Estado social del bienestar, que debe menos al pensamiento keynesiano que a los reformistas y socialdemócratas del norte de Europa. Estos vuelven a encarar la preocupación por la felicidad humana, esta vez no sólo individual sino colectiva. El derecho al trabajo (pleno empleo) y al consumo social (salud, educación, seguridad social) son deberes del Estado de bienestar social para con sus ciudadanos.

Aquí aparece por primera vez con claridad la ambigüedad entre el consumo público y el privado y entre los derechos individuales y sociales de los ciudadanos. Estos aparecen ante el Estado como portadores de una tríada de derechos contradictorios: el derecho político al voto universal (legitimador), el derecho social de los trabajadores organizados (contestatario) y el derecho difuso o segmentado de los consumidores (clientela). Como es obvio, esta Santísima Trinidad, destinada a garantizar la felicidad general, crea problemas al Estado, pero procura una dinámica social legitimadora sin precedentes históricos, de la cual la izquierda marxista y latinoamericana sólo vino a darse cuenta en plena crisis del Estado del bienestar.5/

La social democracia tardó en llegar al poder en el corazón de Europa, y cuando lo hizo, la regulación económica del capitalismo y la difusión del consumo de masas ya estaban muy avanzadas. En el caso del socialismo autoritario, la victoria de la URSS extendió el imperio del socialismo real, pero confirmó a la burocracia soviética en su papel centralizador de un poder incontrastable, reforzado por la amenaza permanente del enemigo externo. En lo interior, las disidencias intelectuales atacan la industrialización forzada, la privación de consumo, la privación de libertades individuales, pero no consiguen enfrentar intelectualmente el paradigma de la filosofía occidental, reforzado por las circunstancias, de que la verdadera libertad es el reconocimiento de la necesidad.6/

Sin embargo, el Estado socialista burocrático se mueve por una lógica interna de acumulación de la industria pesada que no tiene nada que ver con ninguna filosofía, pero sí con dos hechos básicos de la economía política. El primero es que se trata de un país de industrialización tardía, que tiene que incorporar vastas masas rurales a un proceso de trabajo socializado y a patrones de consumo mínimo urbano. El segundo es el enfrentamiento militar con otros sistemas. De esta manera, la producción industrial de bienes de

capital y de armas constituye la prioridad básica del Estado, y no el consumo colectivo o privado de los ciudadanos.7/

Es impresionante cuánto ha tardado en surgir en la URSS la discusión sobre la índole del consumo social y el carácter de su organización. Sin embargo, el consumo privado termina apareciendo como un deseo del pueblo ruso, incluso antes de haber fracasado el "sueño" de la superioridad tecnológica y de la organización burocrática del trabajo socializado. La autocrítica del modelo socialista soviético de organización y gestión social del Estado y de la economía, hecha recientemente por M. Gorbachev, reconoce la necesidad de una nueva economía política. En ella reaparecen los elementos clásicos de eficiencia y de cierta libertad de los mercados, que han llevado a sus detractores y a los liberales de todos los matices a señalar una posible "transición pacífica" del socialismo al capitalismo.

La ideología dominante en el mundo occidental se orienta a la liberalización de los dos mercados fundamentales para el capitalismo: el mercado del trabajo y el mercado del dinero. A su vez la discusión sobre el nuevo "socialismo democrático" se concentra en las cuestiones de una nueva organización social de la producción, del trabajo y de la participación política, y no en el "reinado de las libertades individuales de mercado", como desearían los liberales, ni en el "reinado del trabajo libre", como quisieran los socialistas utópicos.

Las nuevas realidades socialistas, en el terreno de las libertades políticas y de la aceptación de la democracia como valor fundamental y no instrumental, se alimentan de las "viejas utopías" de la sociedad humana. No queda en claro todavía qué nuevas "energías utópicas" alimentarían la transición de las relaciones de trabajo y de producción hacia un nuevo tipo de socialismo real.

Pero volvamos a la crisis de la economía política capitalista, para enfrentar, por último, su etapa actual de disolución.

Desde Adam Smith hasta nuestros días, la economía política se ocupa del trabajo, de la producción, de la productividad, como necesidades del desarrollo económico, sometidas a leyes naturales o históricas, y racionaliza el proceso técnico como fuente de progreso humano en general. Al mismo tiempo critica el consumo conspicuo, la inactividad de las clases ociosas, el desempleo; que son resultado "natural", dirían unos, o histórico, dirían otros, de este sistema de producción capitalista o industrial, según la visión de las escuelas a que pertenezcan los economistas. En todos ellos hay una filosofía moral: el progreso es bueno, son sus resultados los que pueden ser malos. El hombre es bueno, son las formas de asociación humanas las que pueden ser incorrectas. La lucha entre pasiones e intereses mueven la historia humana, pero su resultado es en general bueno, progresista. Los que se atrevieran a poner esto en duda han sido tachados de catastrofistas o irracionales.

Con esta filosofía implícita del "progreso natural", no hay que extrañarse de que la economía política haya entrado en crisis. Una disciplina que pretende ser científica debería abandonar una filosofía moral que predica la abstinencia, el ahorro, la austeridad y postula el equilibrio, cuando la acumulación de riqueza, el desperdicio, el consumo conspicuo, las desigualdades y los desequilibrios son las marcas registradas de la historia y de la dinámica del capitalismo. O bien, debiera asumir de frente la crítica de un sistema en que la acumulación de capital se mueve como un fin en sí mismo, y arrastra el progreso técnico por caminos descarriados que están lejos de corresponder a una simple "destrucción creadora", como pensaba Schumpeter.

No obstante, lo que hizo el pensamiento económico liberal no fue enfrentarse a la realidad, fue librarse de ella; al seguir

postulando el equilibrio del mercado, pasó a medir la felicidad por las preferencias ordenadas (o reveladas) de los individuos y librarse de la angustia vendiendo en los consultorios de los psicólogos la "felicidad" al menudeo como una mercadería.^{8/}

Con la transformación de la economía política en una filosofía moral o en una apologética del capitalismo, llegamos al verdadero paradigma de la "ciencia económica" contemporánea, que es el llamado análisis económico del equilibrio general. Los economistas neoclásicos contemporáneos incluyen en éste todas las actividades humanas, en una totalización economicista que es la manifestación suprema de la arrogancia y de la vaciedad a que ha llegado nuestra "pobre ciencia". El análisis del trabajo da lugar a una teoría del capital humano, el análisis del consumo da lugar a una teoría de las preferencias del consumidor enfrentado a recursos escasos. De esta manera, el individuo consumidor debe jerarquizar sus preferencias y compararlas con los precios relativos a fin de alcanzar una posición óptima.

La observación de que toda actividad requiere un tiempo, el que en general es escaso, es fundamental para la idea de que todas las actividades humanas encajan en el análisis económico neoclásico. El análisis del tiempo como un "bien finito" es la piedra fundamental para entender los aspectos más variados del comportamiento humano "desde el punto de vista económico". El tiempo es dinero, decían hace ya mucho tiempo los hombres de negocios norteamericanos. Es así como las preferencias intertemporales de los consumidores abrazan todos los bienes visibles e invisibles, desde el dinero hasta el petróleo, desde la amistad hasta la guerra, desde el trabajo hasta la ociosidad y finalmente, por qué no, hasta la felicidad. Esto último quedó confirmado cuando los sociólogos descubrieron que es posible preguntar a las personas si son felices, si poco o mucho, si más ahora que en el año pasado, etc., y relacionar tales revelaciones no sólo con el ingreso sino también con una serie de otras

variables, como autonomía, autoestimación, etc. Con ayuda de los psicólogos del comportamiento, la acción humana y la incertidumbre del futuro quedaron reducidas a una serie de comportamientos previsibles.^{9/}

Esta marcha en busca de la racionalidad y del mercado como "reino soberano de la libertad" culminó, en medio de la crisis de todos los paradigmas científicos, con la llegada triunfante de los "nuevos clásicos", como se llaman de manera pedante los economistas neoclásicos norteamericanos de la generación más reciente. Para éstos no hay dudas ni en el mundo ni en la ciencia, y la racionalidad tampoco está en crisis. Las expectativas son racionales, el futuro probable es previsible, el equilibrio es una trayectoria económica perfectamente viable, lo que depende sólo de un tratamiento matemático complejo de los modelos y de un tratamiento rápido y confiable de la información. Para esto último no hay problema tecnológico: para eso están las computadoras.

De esta manera, una revolución tecnológica, la informática, que ha causado tantos dolores de cabeza a los filósofos de la ciencia y a los filósofos de la sociedad, además de los problemas prácticos de la "regulación" del mercado del trabajo y del mercado del dinero, se desliza inadvertida "para estos nuevos apóstoles de la economía positiva". Para ellos, las preguntas centrales sobre el desarrollo del progreso tecnológico y la evolución de la crisis actual no conducen a las respuestas indicadas en la introducción a este ensayo: inestabilidad, imprevisibilidad, intransparencia, sino a lo contrario. Conducen en serio a la recomendación bíblica "Señor, no nos dejes caer en la tentación".

Ellos no sienten ninguna tentación de "retorno al Paraíso perdido", abominan de la política y, en rigor, si pudiesen, suprimirían la acción humana como perturbadora de la lógica. Samuelson, en su irritación por el retorno de los neoclásicos (y

sus asesorías notorias a los regímenes militares latinoamericanos) denominó esta actitud fascismo de mercado.

III. LA RELACION NEGATIVA ENTRE ECONOMIA Y FELICIDAD

El trabajo y el consumo parecen ser, a lo largo de casi dos siglos, una de las "claves" del problema de la asociación negativa entre economía y felicidad. Falta o sobra trabajo, falta o sobra consumo. El trabajo es socialmente necesario, pero es alienante; el consumo individual es indispensable, pero, más allá de cierto límite, es desperdicio, ostentación, felicidad necia. Más que de un problema que se plantea y se resuelve dialécticamente, parece tratarse de una "ambigüedad". Es una ambigüedad de muchas facetas: el carácter público o privado del trabajo y del consumo, el carácter libre y necesario de la actividad humana, la felicidad y la infelicidad general, que desea y rechaza el trabajo y el consumo como una maldición o como una bendición.

Estas ambigüedades atraviesan también todas las corrientes de pensamiento económico, del liberal al marxista, y casi siempre originan una filosofía moral que perturba los análisis más vigorosos. Es así como una elevación de los niveles de consumo material fue vista siempre con malos ojos por todos los grandes pensadores del pasado, desde Adam Smith hasta Veblen (el primer gran crítico del consumismo). Este rechazo moral se ha generalizado hasta nuestros días, de tal modo que prácticamente no hay autor, sea conservador o progresista, que no ataque el consumismo. En su interesante libro De consumidor a cidadão, sobre todo en el capítulo I, Hirschman hace una sabrosa crítica de esta hostilidad: "La nueva riqueza material queda, pues, envuelta en un dilema: si las masas tienen acceso a ella, los conservadores se rebelan porque el orden social está amenazado; si permanece inalcanzable para las masas, los progresistas se enfurecen por la creciente disparidad

de los patrones de consumo. Como los datos nunca están libres de ambigüedad, la nueva riqueza y los nuevos productos pueden ser, y han sido frecuentemente, acusados y maldecidos por los dos bandos".

La misma ambigüedad ocurre con el concepto de trabajo, sea el trabajo socialmente necesario, sea el trabajo libre. Una parte considerable de la literatura marxista o simplemente progresista se ha dedicado a este tema de manera incansable. Por desgracia, no se puede decir que los resultados alcanzados sean satisfactorios. Los descarríos de la teoría de Marx sobre valor-trabajo han sido muy agravados hasta ahora por sus discípulos.

Voy a permitirme repetir aquí algunos párrafos del ensayo que escribí en 1978, aunque ellos, como es obvio, no resuelven la cuestión de la ambigüedad. "Frente a la fragmentación creciente del 'mercado del trabajo' y la imposibilidad de una homogeneización de las condiciones sociales de producción, todavía se procura recuperar, para un análisis contemporáneo del salario, el concepto del 'costo de reproducción' de la fuerza de trabajo. En el intento de hacer racional la realidad intolerable del capitalismo y de su 'orden' en descomposición, se discute sobre las remuneraciones personales del 'trabajo libre', convertido en sujeción burocrática en los servicios organizados del Estado, en términos de productividad. Se discute el trabajo de los médicos y el de los profesores empleados por el Estado como si fuese un 'trabajo productivo'. Por estar sometidos al mismo régimen general de explotación del trabajo asalariado, se consideran todos los trabajos 'especiales' como si estuvieran sometidos a la reglamentación objetiva de la jornada de un proceso de trabajo mecanizado. En vez de eso, sería mejor examinar su utilidad social, o su valor de uso; y tratar de negociar su 'valor de trueque', no arbitrariamente, sino de acuerdo con las condiciones reales de poder y de legitimación por la sociedad".

Se niega la "politización" de los precios, incluso de aquel que está visiblemente más politizado, que es el precio del trabajo en los servicios, los que no son reducibles a categorías como productividad o escasez. No se percibe que la diferencia fundamental entre una "asociación del lumpen" y una "corporación del trabajo universitario" reside en las diferencias de poder político y de condición social. No se admite que el sistema de valorización es otro, que el sistema de jerarquización del proceso de trabajo ya no corresponde a la diferenciación técnica y productiva del capital; que, en las organizaciones sociales modernas, la superestructura del sistema capitalista moderno contiene en sí misma reglas de valorización, en las que el poder político y la legitimación cuentan más que el movimiento del capital, en expansión desordenada.

Si el capital se deshace de la mano de obra, ésta, en su "libertad", está condenada temporalmente a la situación de los "metecos" o a crear sus organizaciones de supervivencia. Se ve obligada a entablar una lucha política, periódicamente perdida, en una sociedad en descomposición, hasta la transición a una nueva sociedad.

Las interesantes reflexiones de Hannah Arendt sobre el animal laborans tampoco deshacen la ambigüedad del trabajo y su relación con la acción y la condición humana. Voy a transcribir un párrafo de su análisis de la sociedad consumidora, que me parece apropiado para este ensayo por la mención explícita que hace de la felicidad:

"La verdad bastante incómoda de todo esto es que el triunfo del mundo moderno sobre la necesidad se debe a la emancipación de la fuerza de trabajo, esto es, al hecho de que el animal laborans puede ocupar una esfera pública, y que, sin embargo, en tanto que el animal laborans siga en posesión de ella, no podrá existir una esfera verdaderamente pública, sino sólo actividades privadas exhibidas en público. El resultado es lo que de manera eufemística

se denomina cultura de masas; y su problema profundo es la infelicidad universal, debida, por una parte, a la perturbación del equilibrio entre el trabajo y el consumo y, por otra, a la exigencia persistente del animal laborans de alcanzar una felicidad que sólo puede lograrse cuando los procesos vitales de agotamiento y regeneración, de dolor y de alivio del dolor, están en equilibrio perfecto. Una exigencia universal de felicidad e infelicidad, tan común en nuestras sociedades (y que no son más que las dos caras de una misma moneda), son algunos de los síntomas más persuasivos de que ya comenzamos a vivir en una sociedad del trabajo que no tiene bastante trabajo para mantenerla feliz. Pues solamente el animal laborans --y no el artífice o el hombre de acción-- nunca exigió ser feliz ni pensó que los hombres mortales pudiesen ser felices".

Las reflexiones de Gorz son más taxativas y pretenden resolver el problema.^{10/} Sin embargo, a pesar de su crítica y de su propuesta de una renta vitalicia independiente del empleo, no está resuelta en su texto la ambigüedad del trabajo libre. Incluso comete algunas ingenuidades, semejantes a las de los neoclásicos: en vez del mercado autorregulado, el trabajo libre autorregulado. En él, como en nuestros neoclásicos, desaparecen el conflicto y la política. Su fe en la automatización y en la libertad de ir y venir hace recordar la ingenuidad del laissez-faire, laissez-passer de los primeros liberales.

Es así como, al final de su capítulo más estimulante, "Para salir del capitalismo", dice: "Las idas y venidas entre el trabajo heterónimo, las actividades microsociales facultativas y las actividades personales autónomas constituyen la garantía del equilibrio y de la libertad de cada uno. La complejidad, las indeterminaciones, las superposiciones mantienen abiertos los espacios donde pueden ejercerse la iniciativa y la imaginación. Ellas son las riquezas de la vida".

Así, existiendo la automatización, la "lógica económica" ya no tendría qué hacer, según cree Gorz y --agrego yo-- desaparecería la organización del trabajo socialmente necesario. Y, en fin, el reinado de la libertad individual y de la felicidad general. ¡Venga, pues, la energía utópica!

IV. AMERICA LATINA: NI ESTACION FINLANDIA, NI PUERTO SEGURO; TIERRA INCOGNITA

Hasta aquí, la relación entre economía y felicidad se abordó desde diversos puntos de vista teóricos, y un poco en su contexto histórico, desde el punto de vista de los países "centrales". Para las sociedades opulentas y democráticas, este problema adquirió dimensiones filosóficas y tecnológicas que originaron un debate sumamente rico y pertinente, sobre todo si la carrera armamentista se separa de las preocupaciones céntricas de la humanidad. Para las sociedades socialistas autoritarias y tecnológicamente menos adelantadas, el problema parece estar entrando en debate con la autocrítica de la "sociedad vieja" y de las tentativas de reestructurar una nueva, en la cual los problemas básicos siguen siendo la democracia y la eficiencia, dos antiguos amigos del pensamiento occidental a partir de la Edad Moderna. En cambio, ¿qué puede decirse de las sociedades periféricas, tan heterogéneas en sus patrones económicos, sociales, culturales y políticos, y con la mayoría de sus pueblos sin haber alcanzado la satisfacción de las necesidades básicas para la vida?

En el caso de América Latina, el concepto de modernidad continúa obsesionando a las elites pensantes, liberales-conservadoras o progresistas. La lectura del "Espelho de Próspero" de Richard Morse es una incitación para volver a examinar el concepto de modernidad, a la luz de nuestra matriz ibérica.

El núcleo de la teoría del subdesarrollo latinoamericano, formulado por Raúl Prebisch en su ensayo germinal de 1949,^{11/} parece haber sido olvidado o reducido a formalizaciones académicas, cuando mucho, forma parte de la historia del pensamiento latinoamericano. Sólo unos pocos discípulos y amigos que aún están vivos continúan la lucha; sin embargo, varios economistas latinoamericanos retornaron a los conceptos más primitivos de las teorías de la modernización, los que prevalecían en América Latina en el decenio de 1950, antes de la aportación hecha por José Medina Echevarría y sus discípulos.

Ahora bien, la cuestión básica, a mi juicio, no consiste en la disyuntiva entre modernidad y atraso, o entre crecimiento y estancamiento. En el Brasil tuvimos cincuenta años de crecimiento continuo, y varios decenios de modernización conservadora; y, sin embargo, la matriz estructural del carácter desigual del capitalismo continúa intacta. José Serra y yo escribimos en 1970 un ensayo que trata de la dinámica de la acumulación de capital y de la heterogeneidad estructural, inspirado en Aníbal Pinto, de lo que volví a ocuparme a comienzos del decenio de 1980.^{12/}

Tratamos de demostrar que no por falta de progreso material nos hallamos en esta situación de injusticia social flagrante. ¡Todo en vano! La idea actual de los "progresistas" es su insistencia en la modernización, en la inserción internacional dinámica, en la eficiencia del Estado, como condiciones para emprender de nuevo el crecimiento. Lo primero, crecer, y después distribuir. Es otra vez la vieja teoría de la distribución de la torta. ¿Y a dónde fue a parar la discusión sobre los estilos de desarrollo? ¿Y las necesidades básicas de la población serán garantizadas por quién?

La apropiación de la idea de "dependencia" por la izquierda no dio mejores resultados. Es verdad que la izquierda latinoamericana tuvo que perder muchas energías y pagar con muchas

vidas la aceptación de la "vieja utopía" de la democracia. Aprendió a costa propia y viendo los resultados políticos e ideológicos de las dictaduras sobre nuestros pueblos, que la democracia es un valor permanente y no instrumental. Menos mal que, en su mayoría, aprendió la lección antes de la caída del Muro de Berlín.

Sin embargo, en materia de economía política el pensamiento latinoamericano sufrió una derrota considerable. Aquí sí que la ideología neoliberal hizo estragos devastadores entre las generaciones más jóvenes. Las generaciones más viejas se concentraron en la discusión de la deuda externa y consiguieron una aparente victoria en la aceptación ideológica creciente, que habría culminado con el reconocimiento por parte de los países acreedores, de la imposibilidad de que la deuda se pague en las condiciones en que fue contraída y en que se viene renegociando.

Sin embargo, los análisis básicos y las recomendaciones sobre procesos de ajuste interno son en general aceptados, a pesar de su pobreza teórica y de su conservadurismo aterrador: poner "orden en la casa", reducir la magnitud del déficit mediante ajustes monetarios y fiscales convencionales, abrir la economía para incrementar la competencia, atraer capital extranjero para modernizar nuestra economía atrasada. ¡No perder el "tren de la historia", que pasa por Europa y el Japón! ¡No hay crítica teórica posible a este cúmulo de trivialidades! La intelectualidad de izquierda sabe que el "tren" ya no corre más hacia la Estación Finlandia, pero la crisis del socialismo real y del capitalismo latinoamericano la dejan más perpleja y más anémica de lo que estuvo en todo el decenio de 1980.

Pero ¿qué pasa con las sociedades latinoamericanas? ¿Asisten inermes al "fin de la historia", profetizado por los intelectuales cansados y las elites hastiadas que sepultaron con pompa la Revolución Francesa? No por cierto, la sociedad sudamericana se mueve espasmódicamente, con una energía de masas nunca vista en

todo el período de posguerra, pero sin ordenamiento político visible. Durante todo el decenio de 1980 asistimos a manifestaciones de descontento, lucha por la redemocratización, comicios gigantescos, cólera, alegría e inventiva de las masas urbanas jóvenes. "Tierra en trance", diría Glauber Rocha. "Ríos profundos", diría Arguedas. Los poetas, como siempre, van a la vanguardia.

Tierra incógnita. Navegar es necesario, dijo hace mucho tiempo el poeta portugués. No existe Puerto Seguro, las masas ya "desembarcaron" hace mucho tiempo en este continente americano. Lo que nuestros "sociólogos" todavía no han descubierto es que ni el pasado ni el presente de Europa serán el futuro de América Latina. Quieren desembarcar directamente en la actual social-democracia de Mitterrand y Felipe González, sin tener en cuenta la existencia de las masas miserables y el enorme conflicto que impide todo "pacto social" que vaya más allá de un pacto político democrático. Pasar de la democracia política a la democracia social, envuelve construir instituciones y consensos mucho más amplios que los que permitirán negar el terror de Estados autoritarios.

Los economistas descendientes de la vieja CEPAL y del pensamiento crítico de Prebisch, Furtado y Aníbal Pinto se han dedicado a la crítica del capitalismo latinoamericano, y vienen haciendo un esfuerzo considerable por comprender los procesos de ajuste del capitalismo contemporáneo, en transformación acelerada, y plantean preguntas básicas: ¿La transnacionalización global liquida las posibilidades de reacción de los Estados nacionales de los países periféricos? ¿Es posible una acción conjunta defensiva de América Latina en lo relativo a la deuda externa y a integraciones económicas parciales al menos en el Cono Sur? ¿Es posible una transformación productiva con equidad?

En cuanto a la cuestión de la organización de las masas miserables y del Estado democrático, los economistas de casi todos

los matices se lavan las manos y remiten el problema a los sociólogos o a la metahistoria. Están en retraso respecto a nuestro estimado maestro Prebisch, que en los últimos años de su vida postulaba concretamente la acción política y la búsqueda de un paradigma socialista-democrático. Las recolocaciones teóricas en estas materias no están más que en un comienzo. Los caminos y los proyectos dependen de la capacidad de lucha y de articulación política de la sociedad latinoamericana. La lucha iniciada hace mucho tiempo se está emprendiendo de nuevo, pero en condiciones objetivas y subjetivas muy adversas.

"La democracia es compatible con la miseria y la violencia" decía hace poco en Campinas un ilustre sociólogo internacional al discutir las perspectivas para los fines del siglo XX. Los aplausos fueron escasos, pero la perplejidad reinante paralizó el debate. Tal vez lo que quería decir era que nuestras recién reconquistadas libertades políticas no estaban en peligro, que no había riesgo de retroceso, a pesar del grado de conflicto social. Pero no se dio cuenta del efecto negativo de la afirmación categórica, sobre todo en el plan simbólico y psicológico.

Para nosotros y en homenaje a la vida y la obra de Raúl Prebisch,^{13/} el punto de partida tiene que ser otro: la miseria y la violencia sólo serán resueltas por la profundización de la lucha democrática, alimentada por alguna visión, de largo plazo, de los objetivos a alcanzar.

Notas

1/ M.C. Tavares, "Ciclo e crise, O movimento recente de industrialização brasileira", Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ), Rio de Janeiro, 1978, mimeo.

2/ Con respecto a la crisis de la ciencia y en especial de la física, véase Ilya Prigogine, A nova aliança, Brasilia, Ed. Universitária de Brasilia.

3/ Véase Barbara Tuchman, The Proud Tower, Nueva York, Barbara Books, 1985.

4/ Sobre la crítica en torno a la crisis del Estado de bienestar, véase "A nova intransferência. A crise do Estado de bem-estar e o esgotamento das energias utópicas", Revista da CEBRAP, Novos Estudos, N° 18, diciembre de 1987.

5/ Sobre la relación entre libertad y necesidades y su recurrencia en la Historia de la filosofía occidental, véase Hannah Arendt, A condição humana, Ed. Forense Universitária.

6/ Esta estrategia industrial para superar el atraso se veía también para los dos países que en la actualidad registran el mayor éxito económico de Asia: Japón hasta el desastre de la segunda guerra mundial y Corea, entre 1950 y 1960.

7/ Una crítica sólida sobre este tema aparece en las obras de Christopher Lasch, O eu mínimo y Cultura do narcisismo, Ed. Paz e Terra.

8/ Para una crítica más profunda y un análisis distinto del consumo, véase Hirschman, De consumidor a cidadão. Atividade privada e participação na vida pública, Ed. Brasiliense.

9/ Véase André Gorz, Les chemins du paradis. Dialectique du capital, Ed. Galilée.

10/ Raúl Prebisch, "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas". Boletín económico de América Latina, Comisión Económica para América Latina (CEPAL), vol. VII, N° 1, Santiago de Chile.

11/ José Serra (ed.), "Alem da estagnação", Ensaio de interpretação da América Latina, Ed. Paz e Terra; M.C. Tavares, "Problemas estructurales en países de industrialización tardía y periférica", Revista de política económica latinoamericana, Centro de Investigaciones y Docencia Económica (CIDE), México, D.F., 1981.

12/ Raúl Prebisch, Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, colección Cuadernos de América, 1967.

13/ Raúl Prebisch, Capitalismo periférico. Crisis y transformación, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1981.

Bibliografia

Arendt, Hannah, A condição humana, Ed. Forense Universitaria.

Gorbachov, Mikail, Perestroika, Ed. Best Seller, 1987.

Groz, André, Les chemins du paradis. L'agonie du capital., Ed. Galiléé.

Habermas, Jüergem, "A nova intransferência. A crise do Estado de Bem-Estar Social e o esgotamento das energias utópicas", Novos Estudos (CEBRAP), Nº 18, diciembre de 1987.

Hirschman, Albert, De consumidor a cidadão. Atividades privadas e participação na vida pública, Rio de Janeiro, Ed. Brasiliense.

Lash, Cristopher, O eu mínimo e a cultura do narcisismo, Ed. Paz e Terra.

Morse, Richard, O espelho de Próspero. Cultura e idéias nas Américas, Ed. Companhia das Letras.

Prigogine, Ilya, A nova aliança, Ed. Universitária de Brasilia.

Rouanet, Sérgio P., As razões do iluminismo, Ed. Companhia das Letras.

